

Ibrahim Hidalgo

Independencia nacional y emancipación humana

En la actualidad, para los gobernantes de los países poderosos no resulta tan sencillo, como hace cien o más años, expresar con toda su brutal sinceridad que los habitantes de las naciones bajo sus dominios no son seres humanos, sino animales apropiados para la explotación, y nada más. En pleno siglo XXI y desde la segunda mitad del XX, aproximadamente el desprecio se ha visto forzado a adoptar formas hipócritas, ante pueblos que han ganado en conciencia de sí, o al menos en experiencias, que los sitúan en posiciones alejadas de la sumisión de los vencidos.

Los movimientos de liberación nacional, a pesar de sus altibajos, han demostrado que en los países dependientes pueden desarrollarse fuerzas propias, capaces de enfrentar a los poderes político y militar de las metrópolis, y vencerlos. Por otra parte, ya ha pasado la euforia contrarrevolucionaria ante la desaparición del llamado “campo socialista”, que generara expectativas de un cercano dominio mundial.

Vencedores en la que se denominó “Guerra Fría”, al quedar desplazado el denominado socialismo real, soviético o esteuropeo como sistema alternativo, se pretende que hemos llegado a la “sociedad post-industrial”, a una época en la que prevalece el “postmodernismo”. Pero tales palabras no logran encubrir la realidad, pues constituyen claves de una terminología generada en los centros hegemónicos como parte de una forma de interpretar hechos y fenómenos considerados absolutamente novedosos, como si carecieran de antecedentes históricos.

Pero, si bien es cierto que nos hallamos en una etapa del capitalismo que posee rasgos desconocidos anteriormente, su esencia explotadora continúa siendo la misma de los momentos anteriores a la revolución informática y la globalización neoliberal: la maximi-

zación de las ganancias con un mínimo de costos, a expensas del saqueo de los pueblos, propios y de otras regiones.¹

En los países de América Latina, el ejercicio del poder ha fluctuado, en diferentes momentos históricos, y de acuerdo con las necesidades del imperio,² desde la tiranía militar hasta la denominada democracia, con todos los matices imaginables entre una y otra. En los últimos lustros, las condiciones de dominio político-económico por una parte, y por otra las luchas de diversos sectores de la población en defensa de sus derechos como ciudadanos y por la soberanía nacional, condujeron a la implantación de gobiernos civiles y de sistemas que permiten la imposición de modelos neoliberales, el rejuego electoral de aspecto democrático, la burla de las leyes laborales, la implantación de la “flexibilidad laboral”, y la represión selectiva contra los trabajadores, los estudiantes, los campesinos y los movimientos políticos alternativos, que buscan espacios propios, alejados de los partidos tradicionales.

No obstante, los cálculos de quienes todo lo conciben como negocios han puesto de relieve que de los métodos de atracción, chantajes, amenazas y uso de la fuerza, el primero resulta más barato que los otros, y es más eficiente, a largo plazo. Los grandes centros de poder, los más capacitados para poseer y utilizar medios masivos de difusión de alcance global, así como diversos mecanismos de manipulación, despliegan campañas más o menos sutiles, o en ocasiones abiertamente groseras, para lograr sus objetivos, que pueden definirse en pocas palabras como la recolonización cultural, vía para generalizar modos de apreciar la realidad signados por el derrotismo y la impotencia, el individualismo y el egoísmo, la potenciación de las discriminaciones de raza y de género, múltiples formas de intolerancia religiosa, el rechazo a las manifestaciones autóctonas, las costumbres, los hábitos; objetivos esenciales son la despolitización de las grandes masas, especialmente de los jóvenes, fomentar rivalidades entre los diversos sectores sociales, dividir los grupos políticos y étnicos hasta hacerlos inoperantes en la vida nacional. Del éxito de estos propósitos depende, en gran medida, el control político y económico de nuestros pueblos sin el uso descarnado de la violencia, o su utilización, cuando temen perder el control sobre sus intereses.

¹*Las notas aparecen al final del artículo

Liberación nacional-cultura nacional

En las circunstancias que afrontan actualmente los pueblos de América Latina y el Caribe, la defensa de la cultura nacional se convierte en una forma de la lucha por la independencia de nuestros países, puesto que ésta crea las condiciones para el pleno desarrollo de aquélla. El imperio pretende mantener su dominio mediante la negación de todo cuanto identifique a los hombres y mujeres con su patria, con su nación. Aspira a destruir la vida espiritual autóctona, independiente, lo que facilitaría su penetración en todos los ámbitos.³

Uno de los objetivos imperiales es generalizar los sentimientos de inferioridad de algunos sectores de la población, convertir a toda ésta a la psicología de pueblo sometido, presentar como irreal la existencia de la nación y, por tanto, hacer válido el criterio de la soberanía “limitada”, justificativo de las “intervenciones preventivas”, o “humanitarias”.

Los intentos recolonizadores del siglo XXI ponen todos sus elementos distorsionadores en función de dividir, fragmentar, atomizar los diversos sectores que puedan contribuir al desarrollo de la cultura nacional, autóctona, matriz de la conciencia de sí de los pueblos, que asumirían sus propios valores frente la llamada cultura occidental, presentada como la única válida por los centros de poder hegemónico y los medios de difusión controlados por estos. De aceptar este mito como cierto, se admitirían sus manifestaciones enajenantes, con el consiguiente rechazo de lo propio.

De este modo, se crearían las condiciones para la destrucción de las bases de la cultura nacional, con la implantación del pensamiento único, la copia mimética de tradiciones y costumbres, la distorsión del pasado histórico y la presentación del imperialismo como el sistema “salvador” y “civilizador”, único capaz de viabilizar el desarrollo económico-social y el establecimiento del modelo político presentado como perfecto para nuestras realidades, aunque no constituya más que una copia deficiente del que se practica en los Estados Unidos, Gran Bretaña o España.⁴

La batalla de pensamiento

La defensa de la cultura nacional es la forma más alta de la lucha de pensamiento a la que se convoca a los pueblos. Ésta se realiza, se despliega, en el ancho campo de la conciencia, de la subjetividad,

del mundo espiritual y afectivo de los seres humanos. A éstos se accede mediante las ideas, que han de tener la fuerza de convencimiento que le imprime su verosimilitud. No nos referimos a un certamen académico, sino al enfrentamiento de proposiciones que han de ser aceptadas o no por las grandes masas de la población, de cuya actuación depende el presente y el futuro de las naciones.

La autoconfirmación deviene, por tanto, una de las formas de la política de liberación, que se rebela frente al dominio foráneo. La cultura de resistencia constituye no sólo, ni principalmente una reacción frente a los intentos imperialistas, sino “una manera alternativa de concebir la historia humana, de buscar el lugar de lo propio en esa historia”.⁵

No ha de pretenderse que el pasado de nuestros pueblos sea defendido sin análisis, pues sería negar las contradicciones que existieron, y se prolongan hasta nuestros días; pero deben enfrentarse las tendencias conservadoras y reaccionarias que consideran el presente estático, culminación de un devenir ajeno, parte de la realidad global, cuyas modificaciones no dependen de la actuación de los ciudadanos, sino de una supuesta dinámica universal impuesta por fuerzas supranacionales. En este ámbito no tienen cabida las utopías, ni siquiera el sujeto pensante, que ha de reducirse a la pasividad, a la impotencia, al carecer de sentido toda forma de acción.⁶

La aceptación de la imposibilidad de transformar la realidad sería una vía para la desaparición de nuestra identidad como pueblos. A esto nos conduciría una actitud aborregada ante la innegable supremacía tecnológica de los países imperialistas que, a través de los medios masivos de información, hacen creer que sólo de sus decisiones depende el destino de la humanidad. Adquiere, por ello, importancia decisiva la confirmación de las posibilidades de adoptar soluciones propias para nuestros problemas latinoamericanos, y de la comunión con el resto de la humanidad empobrecida, sin negar nuestras diferencias, que son manifestaciones de la riqueza de la diversidad.⁷

No se trata de negar los lazos culturales con las antiguas metrópolis, cuestionados desde fines del siglo XVIII por nuestros antepasados, convencidos de que la identidad de los pueblos latinoamericanos había sido amenazada y agredida por el colonialismo español, que destruyó sistemáticamente la civilización aborígen, como parte

de su concepción dominadora, con lo que intentó quebrar todas las posibilidades de desarrollo intelectual y material en esta parte del universo que fue llamada Nuevo Mundo, donde pretendieron que, por la fuerza, su cultura predominara de modo absoluto. Pero no lo lograron, ante la resistencia de los pueblos originarios y de las generaciones que sucedieron a los primeros conquistadores, gérmenes de este pequeño género humano que aquí se desarrolló, fusión de todas las rebeldías en un mestizaje fabuloso.⁸

Esta mezcla distintiva de nuestro ser también constituye motivo de cuestionamiento por la ideología dominante, para la que nada significa la demostración científica de la unidad esencial de todos los seres humanos. Los instintos primarios y las tradiciones discriminatorias provenientes de la etapa colonial sirven de fundamentos al racismo, concepción y actitud divisionistas por excelencia, acicateada con perversa eficiencia por los elementos retrógrados de todas las épocas.

Esta y otras múltiples manifestaciones de la penetración ideológica requieren del enfrentamiento constante, en el que la educación, en su sentido más amplio, constituye un recurso imprescindible para la conformación de valores positivos. Ante el culto al individualismo, a la competitividad egoísta, al conformismo, al consumismo, a la desesperanza, se ha de levantar el valladar de la ética humanista, la solidaridad, la fraternidad, la justicia, la confianza en la posibilidad de alternativas.

Pero debemos tener presente que los valores no se transmiten como un conocimiento más, como abstracciones existentes fuera del individuo, que éste aprende en determinado momento, sino se adquieren, se incorporan en la práctica humana, y se revelan en las relaciones interpersonales, en la actuación cotidiana. El medio social, los comportamientos predominantes en la comunidad, ejercen influencia decisiva en el sistema de valores de cada individuo, en su formación axiológica, proceso en que se forman las creencias, las convenciones, los prejuicios, las convicciones. Las contradicciones entre los valores dominantes en la sociedad, y otros, diferentes, que el individuo encuentra en su colectivo reducido o en su familia, contribuyen al desarrollo de las propias convicciones.

Mediante la expresión, la comunicación, la interrelación con el medio físico y con el conglomerado humano al que pertenece, en

el ser humano se desarrollan los valores en un proceso constante de intercambio de influencias. No deben esperarse respuestas uniformes por el hecho de que se consideren dominantes determinados criterios de conducta, aunque la divulgación reitere con optimismo el triunfo de estos sobre los demás. “Cuando se trata de imponer valores sociales por encima del proceso contradictorio de su individualización, puede producirse una formalización de aquéllos, que conduzca a la separación entre su expresión conductual y su configuración subjetiva.”⁹ No será mediante la repetición de consignas abstractas, o la imposición de prohibiciones, o el cumplimiento de objetivos ajenos que se logre la integración del individuo a la lucha por la identidad cultural y la reafirmación nacional, sino mediante su participación, con plenos derechos individuales, en la construcción de un mundo nuevo.

La participación ha de entenderse como “la capacidad del ciudadano para discutir la toma de decisiones públicas, fiscalizarlas y ser actor en sus aplicaciones”.¹⁰ Es mucho más que la movilización para el cumplimiento de proyectos o planes que le sean ajenos, sino la identificación con la obra común, proceso en el cual se forman, consolidan o transmiten normas de conducta y procedimientos reguladores, valores nuevos que forman a los ciudadanos capaces de pensar por sí y generar iniciativas.

Frente a la concepción mediática “occidental” acerca de la incapacidad de las masas para encauzar sus destinos, se levantan dirigentes nacidos de los diversos sectores de blancos, negros, indios, mestizos, dispuestos a gobernar con y para el pueblo. Ponen a un lado la idea errónea de considerar la politización como un acto paternal, consistente en bellos y grandes discursos, y facilitan a los diversos sectores sociales los elementos indispensables para ejercer la dirección, de modo que las masas comprendan que el demiurgo no es un hombre ilustre responsable de todo, sino las manos mágicas del pueblo, verdadero creador de las riquezas, del que dependerá el éxito o el fracaso.¹¹

Las masas no constituyen un conglomerado amorfo, como las presentan los propagandistas del neoliberalismo, sino que están integradas por los ciudadanos del país, los hombres y mujeres que lo habitan, lo construyen. Los *pueblos* se forman de *individuos*, y la garantía de la independencia y la libertad de aquéllos se sustenta en la de éstos. No puede concebirse un pueblo libre compuesto por seres humanos sometidos. Un gobierno decoroso,

justo, será posible “si cada ciudadano, en efecto, conquista su independencia personal y aprende a gobernarla en beneficio común”.¹²

Esta relación de interdependencia entre el individuo y la sociedad fue analizada por Martí, quien expresó: “Un pueblo no es una masa de criaturas miserables y regidas: no tiene el derecho de ser respetado hasta que no tenga la conciencia de ser regente: edúquense en los hombres los conceptos de independencia y propia dignidad: es el organismo humano compendio del organismo nacional”; y concluía líneas más adelante: “las Repúblicas se hacen de hombres”.¹³ Estos deben ser capaces de pensar por sí mismos, de valorar las circunstancias en que desarrollan sus actividades, y decidir por sí. La emancipación no concluye con el logro de la independencia nacional, sino cuando las mentes de los ciudadanos han sido liberadas del lastre neocolonial, cuando los hombres y mujeres despliegan sin ataduras su gestión como ciudadanos. El logro de la libertad política constituye la “premisa indispensable para alcanzar formas más amplias y superiores de emancipación humana.”¹⁴

Hacia una nueva sociedad

La emancipación humana no puede alcanzarse bajo el capitalismo. Una nueva forma de sociedad debe, tiene que ser creada, fundada por los pueblos. Cada uno de estos, con sus peculiaridades, debe librar la gran batalla por un mundo mejor, en el que se respeten sus derechos e impere la justicia social. La transformación deseada debe abarcar todos los ámbitos de la realidad, para que sea posible la “liberación integral del ser humano”,¹⁵ lo que implica, al unísono, el cambio profundo de la sociedad, en una constante relación dialéctica entre esta y el individuo, que conduzca a una estructura político-social diferente de la actual.

Para erosionar las bases del capitalismo deben destruirse la hegemonía de sus ideas, sus valores culturales, su concepción del mundo, que penetran en las mentes y las conforma de acuerdo con los propósitos de aquel sistema. Tal propósito no puede lograrse con la sustitución de un pensamiento único por otro que pretenda erigirse como exclusivo, sino mediante un proceso de participación política, instrucción científica, educación humanista y formación cultural que logren el tránsito del sometimiento a la libertad.

Uno de los pasos iniciales de este proceso de transformación debe ser la realización del análisis, desprovisto de juicios previos, de las causas de la destrucción de la llamada “comunidad socialista de naciones”, encabezada entonces por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Esta crítica es necesaria, y su ausencia conduce a la petrificación de determinadas opiniones, abroqueladas en una añoranza de lo imposible. Deben estudiarse a fondo los errores cometidos, con el propósito de tomar aquellas experiencias como referente para no recaer en ellas, así como trazar objetivos y concebir métodos que propicien el reencauzamiento de los esfuerzos de seres humanos ansiosos de pan y justicia.

Sin una clara definición de los objetivos y de los métodos para alcanzarlos, es muy difícil convocar a una acción contra el capitalismo, prevaleciente en la generalidad del planeta. Este sistema, que ha cosificado a las personas hasta convertirlas en mercancías, no ha perdido su capacidad para generar quimeras; ha socializado los sueños inalcanzables con tanta eficacia que se ha hecho verosímil para las grandes mayorías la posibilidad de hacerlos realidad. Así se lo muestran, día a día, minuto a minuto, los productos seudoculturales generados en las sociedades de consumo.¹⁶ Por tanto, no se trata de elaborar sólo un plan de resistencia alternativo, sino uno principal de ataque, donde las armas sean las ideas sistematizadas, de modo que convengan, a la vez que orienten, encaucen. La actuación pragmática conduce, en la generalidad de los casos, a destinos indeseados. Un programa claro y preciso de objetivos, elaborado, discutido y acatado por las grandes mayorías, contribuiría a viabilizar exitosamente los esfuerzos. “Sin fin fijo no hay plan fijo, sin plan fijo es muy dudoso el éxito de una revolución”,¹⁷ expresó con meridiana claridad José Martí, cuyo pensamiento ha de estar presente en toda meditación sobre los destinos y los medios para construir una sociedad democrática y justa.

Para crearla debe superarse la cultura de dominación capitalista, y fundar una cultura de hombres y mujeres libres, identificados con los destinos de su patria, sujetos activos de un fenómeno político-social que no les sea ajeno, pues serían partícipes con plenos derechos y deberes, propietarios colectivos de los medios fundamentales de producción y, por tanto, beneficiarios principales de la gestión económica. No basta con que los gobernantes sean capaces de laborar por el bien colectivo; es imprescindible que los

gobernados ejerzan sus derechos como seres pensantes, no como masa guiada. Debe consolidarse una colectividad de productores, capaces de demostrar la superioridad del nuevo proyecto no sólo en el plano ideal, sino también en el material, que le sirve de sustentación. El trabajo debe considerarse una necesidad social e individual, y se ha de educar en el amor al esfuerzo productivo, de modo que la labor conjunta propicie la soberanía alimentaria, cuya carencia hace vulnerables a los países de economías débiles.

El paradigma no puede ser una sociedad donde el fruto de la labor honesta resulte insuficiente para satisfacer las necesidades materiales y espirituales de sus integrantes. Un conglomerado humano no puede ser llamado al esfuerzo y al sacrificio sin la esperanza de una compensación de ambas necesidades, que posibilite el disfrute de los resultados del trabajo. A nadie seduce la miseria. La pobreza repartida no es fundamento movilizador de un programa revolucionario. Debe lograrse una alta capacidad productiva que haga posible una redistribución equitativa de la riqueza nacional, lo que garantizaría el equilibrio social y el desarrollo pleno de los ciudadanos. Martí, conocedor de la naturaleza humana, advirtió: “Sin razonable prosperidad, la vida, para el común de las gentes, es amarga; pero es un cáncer sin los goces del espíritu.”¹⁸ La armonía entre los elementos materiales y espirituales es la clave para el verdadero desarrollo social.

Nadie cuestiona la verdad del Maestro cuando señala: “Ser culto es el único modo de ser libre”; pero generalmente se soslayan las ideas expuestas en las líneas inmediatamente antes y después de esta frase. Allí leemos: “Ser bueno es el único modo de ser dichoso”, y luego: “Pero, en lo común de la naturaleza humana, se necesita ser próspero para ser bueno. // Y el único camino abierto a la prosperidad constante y fácil es el de conocer, cultivar y aprovechar los elementos inagotables de la naturaleza.”¹⁹ Para él, ésta era la fuente inagotable de las riquezas, si el ser humano volcaba sobre ella su sudor y su inteligencia.

Cuando el genial político expresó que debía ponerse “en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: ‘Con todos, y para el bien de todos’,²⁰ sintetizó en estas breves palabras un amplio programa político con pleno contenido social. La primera parte de la frase indica que su autor no pensaba en una “colectividad abstracta sino [en] la suma de los individuos”; y en la segunda parte se refiere al bien en sentido cualitativo, como beneficio generalizado, pues “el

bien supone bienes, o, de otro modo, queda infecundo en la contemplación no más”. Al ser “de todos”, queda implícita la idea de que corresponde a cada uno.²¹

Unidad contra disgregación

En esta nueva época transicional que vivimos es poco menos que absurdo insistir en la idea de la tendencia fatal e inevitable hacia el progreso: no hay calzadas reales que conduzcan hacia la victoria en el futuro. Como expresa Cintio Vitier: “Al fatalismo de la derrota no podemos oponer la predestinación de la victoria. Sería demasiado cómodo, demasiado irreal, demasiado peligroso.”²² Ante los grandes riesgos que amenazan a la humanidad, no hay tiempo para repetir experimentos fallidos, pues ya sabemos que el objetivo no puede encontrarse solamente en la búsqueda de un improbable crecimiento indetenible de los bienes materiales, sino en crear las condiciones de una real democratización de la vida política y económica, fundamentada en una cultura desenajenante.²³

Hemos de aprender de Martí, quien hizo partícipes del acto de liberación nacional a todos los patriotas dispuestos al empeño de alcanzar la plena soberanía, pues “si la república no abre los brazos a todos y adelanta con todos, muere la república”.²⁴ A la vez, y principalmente, debe lucharse por el mejoramiento humano. Nada significaría vencer sobre el yugo foráneo si al día siguiente de enarbolar las palmas de la victoria se instauraran nuevas formas de despotismo, encubiertas bajo el velo de un bello calificativo; si se le presentara al pueblo la falsa disyuntiva del acatamiento de la arbitrariedad o el retroceso a la opresión descabezada.

Hay otras opciones, y la de mayor validez es aquella que conduce a la libertad plena del hombre, alcanzable cuando se incentiva su capacidad para el pensamiento propio, se establecen las estructuras para la participación en la dirección política y económica, sin exclusiones prejuiciadas de los criterios minoritarios, y se viabiliza el control sobre el aparato ejecutivo, para impedir que el Estado regulador genere una burocracia improductiva con intereses particulares que invierta las funciones de servidora en servida, y se transforme en planta parásita capaz de entorpecer la justicia social, o se transforme en una nueva especie de propietaria que haga imposible el desarrollo del sentimiento de pertenencia colectiva de aquello que debe ser del dominio de todos.²⁵

Sólo la verdadera y plena participación democrática garantizará el equilibrio social y la estabilidad futura de la república nueva. No hay certeza alguna sobre los rumbos posibles, ni ha de creerse que una clase o grupo aislado es el portador infalible de la verdad. Nada se alcanza con volver las espaldas a la realidad y empeñarse en mitos desechos en las calles silenciosas de Moscú o de Varsovia en los momentos en que los gerentes y los nuevos dueños brotados de las crisálidas dirigenciales se repartían sus países como presas.

La propia existencia de los peligros internos y externos impone la necesidad de fundar “un pueblo real y de métodos nuevos”.²⁶ Sólo la plena participación de aquel mediante la aplicación de éstos daría la garantía para conjurar la potencia centrífuga generada por la frustración y el desaliento, manejables en toda época por los elementos capaces de convertirlos en parálisis o en accionar desacertado. Martí advirtió que “las primeras repúblicas americanas” habían caído en las disensiones y el autoritarismo “por la falta de intervención popular y de los hábitos democráticos en su organización”.²⁷

Precisamente en este punto debemos poner especial atención a una diferencia establecida por Martí, quien se refirió a la posibilidad de algunos de eludir la política “cuando no sea más que el arte de la administración, en cuya minimez no todas las paciencias caben”²⁸ Ésta es una acepción del término. Otra expresa que la política es “el arte de guiar [...] los factores diversos u opuestos de un país de modo que [...] vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad.”²⁹ A este deber de conducir la sociedad, de prever los conflictos, de encauzar éstos si fueran inevitables, no puede renunciarse.

Cuando el Maestro enuncia la intervención popular en la política, se refiere a esta última acepción del término. No demerita en modo alguno la administración, que considera ha de ejercer el hombre honrado “siempre como vigilancia”;³⁰ pero cuando advierte sobre la necesidad de la participación de las masas en la conducción del país no piensa en formar gerentes, sino gobernantes. Si bien ambas funciones se complementan, la primera se dirige al control sobre las cosas, y la segunda, a la dirección de los hombres. Y éstos, en una nación democrática, deben ser capaces de dirigirse a sí mismos, delegando de modo consciente en sus representantes

mediante el ejercicio del voto como método de elección de quienes estarían sometidos en todo momento al enjuiciamiento de sus conciudadanos. El pueblo no debe ser un simple ejecutor de las órdenes emanadas de una dirección supuestamente infalible e inamovible; el pueblo ha de ser el verdadero jefe de la revolución, que vele por la acertada conducción del país y por la aplicación de métodos que garanticen “cortar las tiranías por la brevedad y revisión continua del poder ejecutivo y para impedir por la satisfacción de la justicia el desorden social”.³¹

Esto sólo puede lograrse en un conglomerado de seres humanos capaces de pensar por sí, y de buscar soluciones propias a los conflictos de la patria. De este modo se haría realidad la república nueva, más que un ideal, una apremiante necesidad para alcanzar el equilibrio del mundo y no ser aplastados por el “gigante de las siete leguas”.

La revolución no culmina con el cambio de la dirección política y económica, sino debe iniciarse con la transformación del hombre. Éste sería el portador de una nueva conciencia ética, en tanto decisión individual de quien asumiría la acción libertadora. Los nuevos valores serían el fundamento de la conducta personal.³² Deben enraizarse la honradez y la entereza, como principios que motiven espiritualmente a la búsqueda del mejoramiento de las personas, del pueblo, de la nación.³³ “Y no se piense que sólo han de importarnos las virtudes en gran escala, cívicas o heroicas”, señala Cintio Vitier, quien advierte que es necesario rescatar nuestras mejores tradiciones, como la cortesía, el trato adecuado, el comedimiento, la moderación en las expresiones sociales y personales, el respeto al derecho de los demás, que se manifiesta en la vida cotidiana tanto en el volumen de los hablantes como en el de los amplificadores electrónicos, que puede llegar a ser brutal y enajenante. “En el campo de la educación y la cultura no hay problemas menores ni desdeñables; todos tienen la misma importancia porque todos están relacionados entre sí, y porque un pueblo de costumbres incultas no puede ser en verdad, martianamente hablando, un pueblo libre. La incultura en las formas de vivir es también una esclavitud de la que tenemos que autoliberarnos, sin la excusa de que es un mal contemporáneo universal.”³⁴

126

La nueva sociedad ha de ser forjada “con todos, y para el bien de todos”,³⁵ o se desmigaja, sumida en pugnas intestinas que solamente servirían para el beneficio de quienes pretenden sustituir una

forma de privilegio por otra semejante, aunque con rostro y nombre cambiados. Han de consolidarse todos los elementos constitutivos de la nación en torno a una estructura económica en la que no sea coartado el derecho a la iniciativa productiva, ni el derecho a la retribución equitativa. Sólo cuando las condiciones básicas de subsistencia estén garantizadas para todos, podrán desplegarse las potencialidades espirituales de las grandes mayorías, haciéndose realidad el desarrollo de la cultura nacional, accesible a la generalidad de los miembros de la sociedad, lo que posibilitaría la formación de hombres capaces de decidir por sí mismos, con plena libertad, la defensa de lo autóctono, lo propio, a la vez que se asimila cuanto beneficie al bien común sin discriminaciones absurdas, en un mundo en el cual el mestizaje ha estado presente desde los momentos iniciales. “Todo lo que divide a los hombres, todo lo que lo especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad”, señaló el Maestro.³⁶

Nuestra América y el Caribe, punto de confluencia de seres humanos de los más variados colores y matices, de múltiples idiomas y lenguas, es lugar privilegiado donde la interrelación cultural adquiere fuerza decisiva, y cuya defensa ha hecho posible resistir la dominación foránea y la penetración sistemática por diversas vías.

Mas, de poco valdría la defensa del arte y la literatura si se obvian los fundamentos que sustentan desde los orígenes el proceso de conformación nacional, pues ante el embate cotidiano de los medios de difusión de alcance mundial podemos ser arrastrados hacia la subordinación a principios éticos foráneos, y dar cabida a la homogeneización de todas nuestras expresiones, a la vez que se adopten modelos de conducta ajenos a nuestras tradiciones, con la consiguiente pérdida de la solidaridad humana, la marginación del patriotismo, el olvido de la defensa de la igualdad de la mujer y del respeto hacia quien gana el sustento con su trabajo, el reverdecimiento de la discriminación racial y la deshonestidad. Nos convertiríamos en reos de los consorcios propietarios de los medios masivos, que se encargarían de banalizar y frivolar nuestro ser profundo y nuestra sensibilidad vibrante para convertirlas en productos de entretenimiento que a la larga deberíamos importar por cable, filmes, discos compactos o DVD's. La tecnología más avanzada, por el contrario, debe ser conocida y dominada a la perfección por nuestros técnicos e ingenieros, y puesta al servicio

de la divulgación de la denuncia de las tropelías imperiales, de la argumentación de nuestras verdades, en franca polémica con quienes pretendan ganar espacios que pertenecen a la revolución en el campo de batalla de las ideas.

La defensa de lo nuestro forma parte de la estrategia para el fortalecimiento de los países del Caribe y nuestra América frente al hegemonismo globalizador que pretende inferiorizarnos mediante los mitos de la superioridad de la “cultura occidental” y del aplastante uso de técnicas novedosas de alto costo, sin la cual supuestamente nada puede crearse, aunque dentro de tal aparataje el ser humano sea poco menos que una marioneta.

Se impone, por tanto, la reafirmación de los valores de nuestra cultura autóctona, popular, pues esta constituye punto esencial de los elementos que afianzarán la unidad frente a las pretensiones del dominio foráneo. “De cambiar de alma se trata, no de cambiar de vestido”, expresó Martí en los momentos en que organizaba la guerra de liberación nacional.³⁷

Han de potenciarse todas las fuerzas espirituales de la nación, para que el patriotismo encuentre sólidas bases de sustentación en cada uno de sus ciudadanos, de modo que por encima de diferencias y contradicciones coyunturales prevalezca el estrecho vínculo forjado en el bregar de siglos compartiendo colores y ritmos, brisas y olores, sonidos y sabores, ideas y acciones.

La sociedad nueva que surja de la materialización del proyecto martiano ha de tener, como su inspirador, vocación universal, y asimilar cuanto contribuya a su engrandecimiento, sin temores canijos, a la vez que ponga su obra al servicio de la humanidad. Y, siempre, esgrimiendo un principio cenital: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas.”³⁸

Referencias Bibliográficas

¹ Ver James Petras: “Imperialismo, militarismo y las contradicciones del imperio”, y Gladis Adamson, “Nuevo sujeto político en el capitalismo tardío”, en *Por el equilibrio del mundo*, México, Taller de Vargas Impresores, S.A., 2003, t. I, págs. 125-127 y t. VI, pág. 245, respectivamente. Continúa vigente el análisis científico de V. I. Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo (esbozo popular)*,

Moscú, Editorial Progreso, 1971. Resulta de notable interés el libro de Néstor Kohan: *Marx en su (Tercer) Mundo. Hacia un socialismo no colonizado*, La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Juan Marinello, segunda edición corregida y aumentada, 2003.

² Utilizo este término en sentido genérico, no referido a una potencia en particular, pues, como han señalado diversos autores, en la actualidad la coincidencia de intereses y objetivos de las transnacionales hace cada vez más difícil delimitar el origen nacional de los industriales, banqueros, inversores o comerciantes que son propietarios, accionistas, gerentes o representantes de los oligopolios. No obstante, esta afirmación no niega la existencia de contradicciones entre las oligarquías de los países desarrollados, aunque su naturaleza no les impide unirse con celeridad y eficiencia ante las amenazas a sus intereses comunes.

³ En esta sección seguimos las ideas expuestas por Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra*, prefacio de Jean-Paul Sartre, La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, págs. 215-226. Sus criterios, concebidos para África a principios de la década de los 60, mantienen su actualidad.

⁴ *Ibidem*, págs. 193-214.

⁵ Mely González Aróstegui: “La cultura de la resistencia en el proceso de la identificación cultural”, en *Temas*, no. 15, La Habana, julio-septiembre de 1998, p. 124; ver p. 123-133.

⁶ Cfr. Adolfo Sánchez Vázquez: “Posmodernidad, posmodernismo y socialismo”, en *Casa de las Américas*, no. 175, La Habana, julio-agosto, 1989, págs. 141-144.

⁷ Ver Leopoldo Zea: “La integración latinoamericana como prioridad”, en *Interrogantes de la modernidad*, Cuba, Ediciones TEMPO, S.A., págs. 144-145. Y Pedro Pablo Rodríguez: *Uno en alma e intento. Identidad y unidad latinoamericana en José Martí*, La Habana, Editorial Pablo de la Torriente, 1995.

⁸ Ver Cintio Vitier, “Latinoamérica: integración y utopía”, en su *Resistencia y Libertad*, La Habana, Ediciones UNION, 1999, p. 8-10; y Estela María Fernández Nadal: “El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía”, en Arturo Andrés Roig (editor): *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*, Enciclopedia Iberoamericana de Filosofía, 22, Editorial Trotta, S.A., Consejo Superior de Investigaciones Científica, Madrid, 2000, págs. 46-55. La idea bolivariana fue expresada de este modo: “Nosotros

somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil [...] no somos indios ni europeos, sino una especie media [...]”, en Simón Bolívar: “Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla”, Kingston, 6 de septiembre de 1815, en *Simón Bolívar. La vigencia de su pensamiento*, selección y prólogo de Francisco Pividal, Colección Pensamiento de Nuestra América, La Habana, Casa de las Américas, 1982, pág. 62.

⁹ Fernando González Rey: “Los valores y su significación en el desarrollo de la personalidad”, en *Temas*, no. 15, La Habana, julio-septiembre de 1998, p. 7; consultar págs. 5-9. Ver José Ramón Fabelo Corso: “Mercado y valores humanos”, en igual fuente, págs. 29-361.

¹⁰ Rafael Hernández y Haroldo Dilla: “Cultura y participación popular en Cuba”, en *Cuadernos de Nuestra América*, no. 15, La Habana, julio-diciembre 1990, pág. 111; ver págs. 101-115.

¹¹ Ver F. Fanon, *Los condenados de la tierra*, *ob. cit.*, págs. 167-184.

¹² Cintio Vitier, “Martí en la hora actual de Cuba”, en su *Resistencia y Libertad*, *ob. cit.*, pág. 154.

¹³ José Martí: “Colegio de abogados”, *Revista Universal*, México, 25 de mayo de 1875, en *Obras completas*, La Habana, 1963-1973, tomo 6, pág. 209. [En lo sucesivo, las referencias a textos de José Martí —quien será identificado con sus iniciales— remiten a esta edición, representada por las siglas OC, a menos que se indique otra fuente.]

¹⁴ Pablo Guadarrama González: “Humanismo práctico y desalienación en José Martí”, en su *Humanismo en el pensamiento latinoamericano*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2001, pág. 169. Ver Joel James Figarola: *José Martí en su dimensión única*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 1997, págs. 37-50 y 141-147; Estela M. Fernández Nadal: “El proyecto de unidad continental en el siglo XIX. Realidad y utopía”, *ob. cit.*, pág. 52; y Miguel Limia David: *Individuo y sociedad en José Martí. Análisis del pensamiento político martiano*, La Habana, Editorial Academia, 1992, págs. 14-43. Martí expresó en “Hombre de campo”, “El primer deber de un hombre es pensar pro sí mismo”. (OC, t. XIX, pág. 381) Y en la crónica “En los Estados Unidos”, publicada en *La Nación* el 22 de noviembre de 1889, dijo: “la primera libertad, base de todas, es la de la mente”. (OC, t. XII, pág. 348.)

¹⁵ La expresión está tomada de las palabras de Ikeda que aparecen en Daisaku Ikeda y Cintio Vitier: *Diálogo sobre José Martí, el Apóstol de Cuba*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2001, pág. 132.

¹⁶ Ver Frei Betto: “Mística y socialismo”, *Casa de las Américas*, no. 185, La Habana, octubre-diciembre 1991, pág. 121; José del Grosso: “La información como mercancía”, en *Tricontinental*, La Habana, 2003, págs. 43-45. Emil Sader, en “La izquierda y la democracia en América Latina”, en *América Latina e Caribe. Desafíos do século XXI*, Río de Janeiro, Brasil, UERJ/PRODEALC, 1995, pág. 244, expone que una condición indispensable para que la población pueda pronunciarse democráticamente es “romper el monopolio privado de los medios de comunicación”.

¹⁷ J.M: “Al Presidente del Club José María Heredia”, New York, mayo 25, 1892, OC, t.I, pag 459.

¹⁸ ____ “Cartas de Martí. Un domingo de junio.-Nueva York en verano”, *La Nación*, Buenos Aires, 16 de julio de 1884, OC, t. XX, pág. 63. Ver José Martí: “Correspondencia particular de *El Partido Liberal*”, en su *Otras crónicas de Nueva York*, investigación, introducción e índice de cartas de Ernesto Mejía Sánchez, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1983, págs. 67-68 y 69.

¹⁹ ____ “Maestros ambulantes”, *La América*, Nueva York, mayo de 1884, OC, t. VIII, pág. 289.

²⁰ ____ “Discurso en el *Liceo Cubano*, Tampa, 26 de noviembre de 1891”, en OC, t. IV, pág. 279.

²¹ Medardo Vitier: “Doctrina social”, en *Valoraciones*, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, 1960, tomo I, págs. 420 y 425, respectivamente.

²² Cintio Vitier, “Discurso de la intensidad”, en su *Resistencia y Libertad*, *ob.cit.*, págs. 171.

²³ Ver Juan Antonio Blanco: “Ética y civilización: apuntes para el tercer milenio”, y José Ramón Favelo Corzo: “Mercado y valores humanos”, en *Temas*, La Habana, n. 15, julio-septiembre de 1998, págs. 40-46 y págs. 33-36, respectivamente.

²⁴ José Martí: “Nuestra América”, *El Partido Liberal*, México, 30 de enero de 1891, en O.C., t.VI, pág. 21.

²⁵ J. R. Favelo Corzo: “Mercado y valores humanos”, *ob. cit.*, págs. 36-37; J. James Figarola: *José Martí en su dimensión única*, *ob. cit.*, págs.

37, 146-147. En su artículo “Nuestras ideas”, *Patria*, 14 de marzo de 1892, en O.C., t. I, pág. 320, argumenta que “la independencia de los hombres” asegura “la independencia de la patria”; y en carta al presidente del club “José María Heredia” (New York, mayo 25, 1892, en O.C., t.I, , pág. 458) recomienda que debe existir la “revisión continua del poder ejecutivo [...] para impedir por la satisfacción de la justicia el desorden social.”

²⁶ J.M. “Nuestras ideas”, *Patria*, Nueva York, 14 de marzo de 1892, en OC, t.I, pág. 319.

²⁷ _____ “Al Presidente del club ‘José María Heredia’”, Kingston, New York, mayo 25, 1892, en OC, t. I, pág. 458.

²⁸ _____ “La Política”, en *Patria*, Nueva York, 19 de marzo de 1892, en OC, t.I, pág. 336.

²⁹ _____ “El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América”, *Patria*, 17 de abril de 1894, en OC, t. III, pág. 139. Ver otras definiciones en J.M.: “Ciegos y desleales”, *Patria*, Nueva York, 28 de enero de 1893, en OC, t. II, págs. 215 y 216 y J.M.: “Noticias de Francia”, *La Opinión Nacional*, Caracas, 17 de septiembre de 1881, en OC, t. XIV, pág. 60.

³⁰ _____ “La política”, *ob. cit.*, en OC, t. I, pág. 336.

³¹ _____ “Al Presidente del club José María Heredia”, *ob. cit.*, en OC, t. I, pág. 458. Ver Ibrahim Hidalgo: “Democracia y participación popular en la República martiana”, en *Temas*, no. 32, La Habana, enero-marzo 2003.

³² Julio Le Riverend, “Martí: ética y acción revolucionaria”, en *José Martí: pensamiento y acción*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1982, pág. 72-73.

³³ Cintio Vitier, “La eticidad revolucionaria martiana”, en *Temas martianos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editorial Letras Cubanas, 1982, pág. 302.

³⁴ Cintio Vitier: “Martí, Bolívar y la educación cubana”, en *Mensaje de Cuba*, no. 41, Programa para las Relaciones con Organizaciones No Gubernamentales Europeas, edición especial, junio de 1997, pág. 13.

³⁵ José Martí, Discurso en el Liceo Cubano, Tampa, 26 de noviembre de 1891, en O.C., t. IV, pág. 279.

³⁶ _____ “Mi raza”, *Patria*, 16 de abril de 1893, en O.C., t. II, pág. 298.

³⁷ _____ “En casa”, *Patria*, 28 de mayo de 1892, en O.C., t. V, pág. 369. Ver Leonardo Acosta: “Antieurocentrismo y autoctonía americana,

armas ideológicas de José Martí”, en *El Caimán Barbudo*, La Habana, n. 64, enero de 1973, págs. 7-8; Pedro Pablo Rodríguez: “La batalla es entre la falsa condición y la naturaleza”, en *Nuevo Humanismo*, Costa Rica, enero-junio 1994, pág. 47.

³⁸ _____ “Nuestra América”, *La Revista Ilustrada de Nueva York*, New York, 1 de enero de 1891, en *O.C.*, t. IV, pág. 18.

Bibliografía

Adamson, Gladis, "Nuevo sujeto político en el capitalismo tardío", en Fanon, Frantz, *Las Condenadas de la tierra*, prefacio de Jean Paul Sartre, La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, págs 193-214 y 215-226.

_____, *Las Condenadas de la tierra*, prefacio de Jean Paul Sartre, La Habana, Ediciones Venceremos, 1965, págs, 167-184.

Jovelo Carzo, JOSé Ramón, "Mercado y valores humanos", en *Temas*, núm 15, La Habana, julio-septiembre 1998, págs 36-37.

González Aróstegui, Mely, "La cultura de la resistencia, en el proceso de la identificación cultural", eeeeeen *Temas* núm.15, La Habana, julio-septiembre 1998, págs. 124, 123-133, González Rey, Fernando, "Los valores y su significación en el desarrollo de la personalidad", en *Temas* núm 15, La Habana, julio-septiembre 1998, pág 7.

Guadarrama González, Pablo, "Humanismo práctico y desalienación en José Martí" en *Humanismo en el pensamiento latinoamericano*, La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 2001, pág 132.

Hernández, Rafael; Dilla, Haroldo, "Cultura y participación cultural en Cuba", en *Cuaderno de nuestra América*, núm.15, La Habana, Julio-diciembre 1990, pág.111.

Ikada, Daisaku; Vitier, Cintio, *Diálogo sobre José Martí, el Apostol de Cuba*, La Habana Centro de EStudios Martianos, 2001, pág 132.

Le Riverend, Julio, "Martí; ética y acción revolucionaria", en *José Martí: pensamiento y acción*, La Habana, Centro de Estudios Martianos y Editora Política, 1982, págs. 72-73.

Martí José "Colegio de abogados", en *Revista Universal*, México, 25 de mayo de 1875, en *Obras completas*, t.VI, La Habana, 1963-1973, pág. 209.

_____, "Al Presidente del Club José María Heredia", *Obras completas*, t.I, New York, mayo 25, 1892, pág 459.

_____, "Cartas de Martí. Un domingo de junio, Nueva York en verano". La Nación, Buenos Aires, 16 de julio 1884, obras completas, t.X, pág 63.

_____, "Maestros ambulantes", La América, *Obras completas*, t.VIII, 1884, pág.289.

_____, Discurso en el Liceo cubano, *Obras completas*, t.IV, Tampas, 26 de noviembre de 1891, pág. 279.

_____, "Nuestra América", El Partido Liberal, *Obras completas*, t. VI, México, 30 de enero de 1891, pág.21.

_____, "Nuestras ideas", Patria, *Obras completas*, t. I, Nueva York, 14 de marzo de 1892, pág. 336.

_____, "Al presidentedel club José María Heredia", *Obras Completas*, t.I, Nueva York, Mayo 25 de 1892, pág. 458.

_____, "La política", en Patria, *Obras Completas*, t.I, Nueva York, 19 de marzo de 1892, pág. 336.

_____, "Al presidentedel club José María Heredia", *Obras Completas*, t.I, Nueva York, Mayo 25 de 1892, pág. 458.

_____, "La política", en Patria, *Obras Completas*, t.I, Nueva York, 19 de marzo de 1892, pág. 336.

_____, "El tercer año del Partido Revolucionario Cubano. El alma de la Revolución y el deber de Cuba en América", en Patria, *Obras Completas*, t.III, Nueva York, 17 de Abril de 1894, pág. 139.

_____, Discurso en el Liceo Cubano, *Obras completas*, t.IV, 26 de noviembre de 1891, pág. 279.

_____, "Mi raza", Patria, *Obras completas*, t.II, pág. 298.

_____, "En casa", Patria, *Obras completas*, t.V, pág. 369.

_____, "Nuestra América", La Revista Ilustrada Nueva York, 1ro de enero de 1891, pág 18.

Petras, James, "Imperialismo, militarismo y las contradicciones del imperio", en *Por el equilibrio del mundo*, t.I, México, Taller de Vargas Impresiones S.A, 2003, págs. 125-127.

134 Vitier Cintio, "Martí en la hora actual de Cuba", en *Resistencia y Libertad*, La Habana, Ediciones Unión, 1999, pág. 154.

_____, "Discurso de la intencidad", en *Resistencia y Libertad*, La Habana, Ediciones Unrón, 1999.

_____, "La eticidad revolucionaria martian", en Temas martianos y Editorial Letras Cubanas, 1982, pág. 302.

_____, "Martí, Bolívar y la educación cubana", en Mensaje de Cuba, núm.41, Programa para las Relaciones con Organizaciones No Gubernamentales Europeas, edición especial, Junio 1997, pág. 13.

Vitier, Medardo, "Doctrina social" en Valoraciones, t. I, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Relaciones Culturales, 1960, pág.420 y 425.